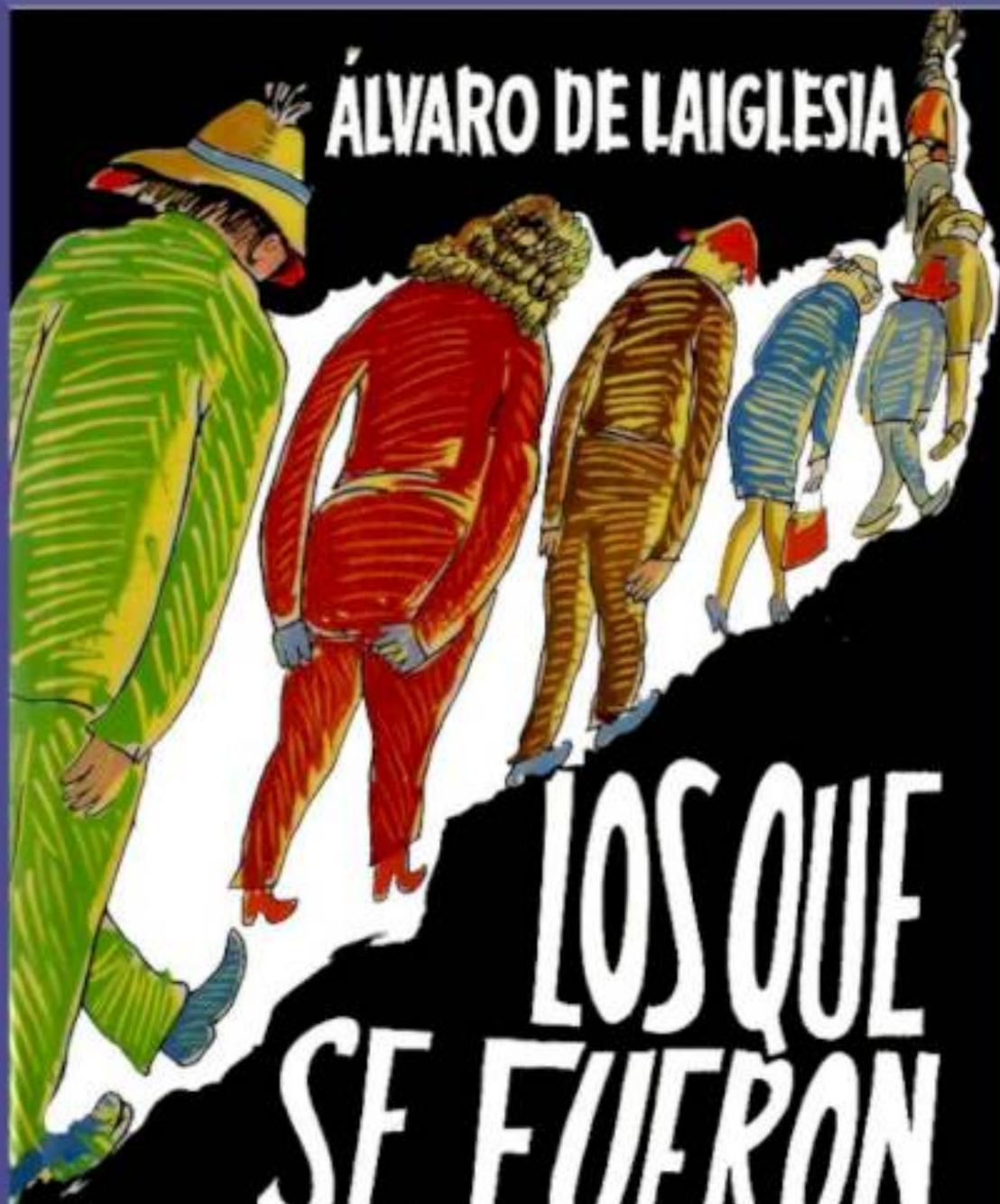


ÁLVARO DE LAIGLESIA



LOS QUE
SE FUERON
A LA PORRA

Crítica ácida, pero con el sentido del humor que caracterizaba a Álvaro de Laiglesia, de los estereotipos sociales del momento en el que lo escribió, 1.957. Gran parte de las situaciones que plantea podrían ser aplicadas actualmente con muy poquitos reajustes, demostrando así que la tontería, la pesadez y la horterada sublime nunca mueren.

El pobre es una hucha viviente, en la que vamos depositando calderilla para comprarnos un pedazo de cielo.

EL AUTOR.

Glosario

Entre las incomparables expresiones que enriquecen singularmente nuestro idioma, hay una, rotunda y muy popular, que en sus variantes da idea unas veces de aspereza de ánimo y otras trasciende a empresa frustrada o intento malogrado: “mandar a la porra”, “irse a la porra”. Valiéndose del equívoco y, naturalmente, con ese donaire que infunde peculiaridad a los títulos de todas sus obras, Álvaro de Laiglesia ofrece para solaz de los lectores su más reciente novela: “Los que se fueron a La Porra”. Así, con iniciales mayúsculas. Porque en Álvaro de Laiglesia La Porra adquiere corporeidad y es ni más ni menos que una triste ciudad imaginaria que el autor sitúa cerca de Madrid y donde languidecen cuantos allí han sido enviados por sus semejantes. También en tan desairado lugar ha pasado su infancia el protagonista, y la narración de sus aventuras y de sus esfuerzos por salir de paraje tan extraño constituye el eje de la trama, amena como todas las de este celebrado y regocijante escritor. Inspiradas y divertidas alusiones a diferentes aspectos de la vida contemporánea acrecientan el interés de la novela, donde, como es consiguiente, fulguran los alardes de ingenio y luce la brillantez narrativa de Álvaro de Laiglesia, humorista predilecto de los lectores hispanos.

I

MIS PADRES

LOS ÁLAMOS, con sus altos morriones verdes, escoltaban la carretera. Colocados en perfecta formación a lo largo de ambas cunetas, parecía que estaban esperando el paso de algún personaje importantísimo. Pero el personaje no pasaba y el regimiento de esbeltos álamos se mantenía en posición de firmes, aguantando disciplinadamente el sol, la lluvia y el viento.

Daban ganas de gritar «¡rompan filas!», para que descansaran un poco de su marcial actitud correteando por el campo.

Que es en el fondo lo que les gustaría hacer a todos los árboles, aunque nunca puedan hacerlo por culpa de esas malditas raíces que echan en el suelo de tanto estar quietos en el mismo sitio.

Aquel trozo de carretera estuvo desierto toda la mañana. Hacía ya demasiado calor para viajar durante las horas de sol, y los automóviles no se aventuraban a cruzar por allí hasta el atardecer.

A mediodía, sin embargo, sobre el asfalto reblandecido por la temperatura canicular, apareció un personaje. No debía de ser el importantísimo que aguardaba la formación de álamos para rendirle honores, pues éste tenía cuatro patas y dos orejas muy grandes. Y además, dicho sea sin ánimo de ofenderle, era un burro. Tan burro, que tiraba de un carro mucho mayor que él. Cada tirón parecía que iba a ser el último de su vida, porque le arrancaba un rebuzno lastimero que partía el alma. Pero continuaba tirando porque «burreza obliga», y un burro tiene la obligación de no morir por gordas que sean sus burradas.

El carro no era precisamente un último modelo aerodinámico. Tenía dos ruedas, eso sí, y bastante redondas por cierto; pero el resto de su carrocería llevaba muchos años cayéndose a pedazos, y ya le quedaban poquísimos pedazos por caer. Una lona de color indescriptible (mezcla de chocolate, polvo y estiércol), pinchada en cuatro palos a modo de capota, le daba ciertas pretensiones de tartana o carricoche.

Dentro del nada lujoso vehículo, bajo los palos del sombrero, viajaba la pareja que el Destino había elegido como intermediaria para traerme al mundo.

El Destino, como puede verse, nunca sintió simpatía por mí. Me lo demostró antes de que naciera eligiéndome aquellos padres ambulantes, que iban de pueblo en pueblo robándose la vida. Digo robándose y no ganándose, como suele decirse, porque eran gitanos. Y lo único que los gitanos se ganan honradamente es alguna perdigonada cuando les sorprenden practicando su deporte favorito: el salto de vallas. Es indudable que en esta especialidad del atletismo llegarían a ser fácilmente campeones mundiales, si los comités olímpicos autorizaran una pequeña modificación: que las vallas fuesen de corral.

Mis futuros padres pertenecían a una de las tribus más ágiles en esta clase de saltos que actuaba en Europa. Gracias a su agilidad, se iban defendiendo bien en sus andanzas: de día se exhibían como saltarines en las plazas mayores, y de noche se deslizaban como salteadores en los gallineros menores.

De este modo nunca les faltaba carne en su puchero. Pero tenían que salir arreando antes de que amaneciera, para no asistir al ruidoso funeral de gritos y denuncias que organizaban los dueños de las aves fallecidas.

El carro seguía avanzando por la carretera, entre la doble fila de impassibles álamos.

—¡Arre! —gritó el gitano desde el pescante, dirigiéndose al borrico.

—¿Es que no tienes entrañas? —le reprochó la gitana, que iba sentada junto a él—. ¿No ves que el pobre bicho no puede arrear más?

—No lo he dicho para que arree más, sino para animarle a que no deje de arrear del todo —explicó el hombre.

Y después de pensar un momento, añadió:

—El «arre» es la gasolina de la tracción hipomóvil.

—¡Olé! —dijo ella.

—No hay de qué —dijo él.

Y escupió por el hueco de un colmillo que se había extirpado para eso precisamente: para poder escupir así.

El gitano era moreno como una noche de mayo, delgado como una vara de nardos y casi tan alto como la luna lunera. En resumen: igualito a los que salen en los romances de García Lorca, sólo que más guarro.

No tenía ningún nombre porque sus padres anduvieron siempre tan perseguidos por la Guardia Civil, que nunca pudieron pararse en una iglesia a zambullirle en las aguas bautismales. Y tanto aplazaron el trámite del chapuzón bendito, que al final no lo hicieron nunca. Allá en la tribu, siendo churumbel, tenían que llamarle «¡eh, tú!» Y tanto se lo llamaron que años después, cuando salió del churumbelato para ingresar en la gitanería adulta, se quedó con el apodo de Tutú.

Más bonito es llamarse Godofredo, lo reconozco, e incluso Paco. Pero bien mirado, el nombre sólo nos sirve para volver la cabeza en la calle cuando lo oímos pronunciar. Y para esa tontería, basta con un simple Tutú.

La descripción física del gitano sirve también para la gitana, poniéndola sencillamente en femenino. Eso mismo hacía García Lorca muchas veces y nadie se daba cuenta. Ventajillas de escribir sobre una raza tan morena como la nuestra: las metáforas en negro oscurecen de tal modo los detalles, que sirven sin variaciones para ambos sexos.

Ella, en cambio, sí tenía un nombre precioso: Canela. Lo malo fue que sus familiares, por ahorrar saliva al pronunciar-

lo, se comieron el «Ca» y se lo dejaron en «Nela».

—Peor hubiera sido que se comiesen el «Nela» y me dejaran el «Ca» —se consolaba ella.

Y tenía razón.

Nela y Tutú, desde que admiraron sus moreneces respectivas, decidieron amarse a la usanza gitana: por las buenas. Y se separaron de la tribu para vivir su idilio con entera independencia.

Del mismo modo que las parejas de otras razas ponen casa, ellos pusieron carro. E iguales dificultades a las que tienen los recién casados para encontrar un piso libre, las tuvieron ellos para hallar un carruaje vacío.

Por fin hallaron uno en muy buenas condiciones. Estaba parado en una calle solitaria, el dueño había entrado a beber en una taberna próxima y no se veía ni un solo guardia en varios kilómetros a la redonda. A Nela y Tutú les entusiasmó aquel nidito rodante y tuvieron la suerte de que nadie se les adelantara a ocuparlo. En vista de lo cual, se instalaron en él y salieron zumbando.

En aquel carro con derecho a borrico, por el que no pagaron ni un céntimo de traspaso, transcurrieron felizmente sus primeros meses de vida conyugal. Nela, pese a lo levantiscos que son todos los glóbulos de la sangre calé, tenía un carácter relativamente dulzarrón que amortiguaba las durezas y brusquedades de Tutú. Y así, con sus más (mamporros) y sus menos (caricias), la pareja gitana iba resolviendo los problemas de su existencia como cualquier matrimonio burgués y sedentario.

—¡Arre! —volvió a gritar él agitando las riendas del cuadrúpedo, que pronto se convertiría en un trípodo porque empezaba a cojear de una pata posterior.

—Ten entrañas, hombre —suplicó Nela, compadecida de la agotada bestia.

—¡Tengo tantas entrañas como el que más! —saltó Tutú, ofendido por las reiteradas alusiones a su ausencia de contenido visceral.

Y la ofensa le puso tan colérico, que Nela no volvió a despegar los labios en un trecho de dos kilómetros.

Hizo bien, porque nada hiere tanto a un gitano como poner en duda la cantidad y calidad de sus amadísimas entrañas. Y se comprende este amor desenfrenado teniendo en cuenta que el único tesoro que posee cada individuo de esa raza, nómada y paupérrima, es el paquete de sus propios menudillos que guarda en el saco de la piel. Por esta razón los gitanos andan siempre con las entrañas en la boca, presumiendo de tenerlas sanas y completas; o amenazando con sacárselas a otro para demostrar que las tiene malas y escasitas.

El calor estiraba los kilómetros de asfalto y los hacía más largos de recorrer.

—Si no hablas —se aburrió Tutú de aquel silencio—, tendré que gritar otra vez «¡jarre!» para entretenerme un poco.

Pero Nela no dijo nada. Y sus ojos, como noches de mayo, vagaron soñadores por el día de junio.

—¿En qué piensas? —preguntó su compañero.

—En una cosa que tengo que decirte —contestó ella volviendo de sus ensueños—. Pero ahora no me parece el momento más oportuno.

—¿Por qué no?

—Es demasiado seria para soltarla aquí, con el traque-teo del carro y ante las nalgas del burro.

—No será una nueva alusión a mis entrañas, ¿verdad? —se amoscó Tutú clavando en ella una mirada amenazadora.

—No —le tranquilizó ella—. No tiene nada que ver con las tuyas, pero sí con las mías.

—Entonces ya lo sé: que te duelen las tripas.

—No es eso exactamente.

—Pues dilo de una vez.

—Está bien, te lo diré —cedió ella. Y después de una pausa, agregó con voz emocionada—: Voy a ser madre.

—¿Qué? —exclamó Tutú, abriendo mucho los ojos.

—Que voy a tener un churumbel —precisó ella, ruborizándose.

—¿Sí, eh? —dijo él—. Pues toma. Por no haber tenido cuidado.

Y estampó en la mejilla de Nela una estupenda bofetada.

Así exteriorizó Tutú su primer sentimiento paternal.

II YO

EL CHURUMBEL ANUNCIADO y premiado con aquel bofetón era yo.

En vista del éxito que tuvo el anuncio, Nela no volvió a hablar de mí. Continuó gestándome en silencio, mientras el burro cojitranco nos llevaba a los tres de pueblo en pueblo, y de hurto en hurto.

El invierno siguiente, que fue muy riguroso, lo pasé bien abrigadito en el vientre de mi madre. Y en el mes de marzo, cuando los termómetros empezaban a subir y podía salirse a la calle sin pillar una pulmonía, me dispuse a nacer.

Elegí para este acontecimiento un día soleado y una hora cómoda: las once de la mañana. No quise hacer la faena de casi todos los recién nacidos, que se presentan en el mundo de madrugada interrumpiendo el sueño de sus padres y haciéndoles pasar una noche fatal.

El sitio lo eligió la casualidad, con muy buen gusto por cierto: el ojo izquierdo de un puente que sólo tenía dos. Aquellos ojos fueron los únicos testigos de mi ingreso en la Humanidad. Mi padre no quiso presenciarlo porque seguía enfadadísimo conmigo, y anduvo toda la mañana por el campo de los alrededores cazando un conejo.

Nela, tendida sobre una manta natural de tierno césped a la orilla del río, realizó la doble función de parturienta y comadrona. Ella misma se quitaba el sudor de la frente con un trapo empapado en agua fresca, y se dirigía frases de aliento para calmar sus dolores de expulsión:

—¡Animo, Nelita!... ¡Ya falta poco!... ¡Aprieta fuerte!...

Y en uno de esos apretones, ¡allá va!: nací.

A mediodía, cuando regresó mi padre con el conejo que había cazado, ya estaba yo bañadito en el río y envuelto en un andrajo.

—¡Hola! —saludó Tutú, adusto.

Y se puso a despellejar el conejo como si tal cosa. Al cabo de mucho rato, cuando terminó el despellejamiento, volvía a decir:

—¿Dónde está eso que has tenido?

—Detrás de aquellas piedras, en un montón de hierba —dijo Nela, que se había puesto a lavar una camiseta en el río.

—¿Salió vivo?

—Y coleando.

—¡Vaya! —comentó mi padre con un gesto de contrariedad—. ¿Macho o hembra?

—Macho.

—Menos mal. De todos modos, yo preferiría haber tenido un mono.

—Lo siento —dijo mi madre—. Monos no sé hacer.

—Eso es lo malo: que no sabes hacer nada útil. Si en vez de un niño tuviéramos un mono, trabajaría con nosotros en los pueblos y sacaríamos más partido a nuestros volatines.

—Pues eso tiene fácil arreglo.

—¿Cómo? ¿Cambiando al niño por un mono? Ya lo he pensado, pero nadie aceptaría un cambio tan desventajoso.

—No se trata de cambiarlo, sino de disfrazarle con la piel de la mona vieja que se nos murió.

—Tienes razón. No es mala idea. En cuanto tenga el tamaño de la mona le disfrazaremos.

Esta posibilidad de explotarme cuando creciera lo suficiente, hizo que Tutú me soportara con menos, desagrado. No llegó a quererme, desde luego, pero tampoco a matarme. Cuando me veía acurrucado en mi capacho, hacía un

esfuerzo para frenar el puntapié que siempre llevaba preparado en la puntera de su zapato.

De este modo salvé las contusiones los dos primeros años de crianza y aprendí a andar. Un día, en pleno aprendizaje, Tutú se detuvo a contemplar mi desarrollo y dijo a su mujer:

—Habrá que empezar a descoyuntarle.

—¿A quién? —se asustó Nela.

—Al niño. Hay que aprovechar ahora que está tiernecito.

—No tengas malas entrañas —protestó mi madre—. ¿Qué vas a conseguir descoyuntándole?

—Todos los gitanos descoyuntan a sus hijos para darles elasticidad, con el fin de que al ser mayores puedan realizar contorsiones que asombren al público. Un descoyuntamiento concienzudo hecho en la infancia, permite después someter todas las articulaciones a los plegamientos más insólitos. Y los ingresos que produce un esqueleto en estas condiciones son muy superiores a los de una osamenta intacta.

—En ese caso —concedió mi madre—, descoyúntale. Pero no le rompas ningún hueso.

—¿Crees que no sé mi oficio?

Y papá que tenía efectivamente muy buena mano para descoyuntar, empezó su tarea aquel mismo día. Todas las mañanas, al despertarme, me trincaba con fuerza entre sus brazos y elegía una articulación: un codo, una rodilla, un tobillo, una muñeca... Tomaba después entre sus dedos el miembro correspondiente a la articulación, y lo iba doblando en sentido contrario al natural hasta que cedía brusca-mente emitiendo este ruido:

—¡Clac!

Era un «¡clac!» tenue y opaco, amortiguado por la almohadilla de carne que envuelve las articulaciones. Coincidiendo con el «¡clac!» iniciaba yo una violenta rabieta, pues los cóndilos de un cúbito o un fémur sólo ceden con agudí-

simos dolores. Pero mi buen padre me hacía callar amorosamente tapándome la boca y la nariz con su manaza, hasta provocarme un sofoco rayano en la asfixia.

Gracias a estas operaciones huesúrgicas quedé tan descoyuntado en pocas semanas, que podía doblarme como un pliego de papel y meterme en un sobre lo mismo que una carta. Podía también verme la espalda agachando la cabeza y metiéndola entre las piernas, y era capaz de inclinarme hacia atrás hasta coger con los dientes una moneda puesta en el suelo.

—¡Pero no es necesario que te tragues la moneda, condenado! —se enfurecía Tutú siempre que ensayábamos este ejercicio, dándome palmadas en la nuca para que escupiera la pieza de níquel.

Cuando todas mis articulaciones estuvieron convenientemente desarticuladas, me probaron la piel de mona. Estaba un poco apolillada por la región correspondiente a las posaderas, pero apenas se advertía tal defecto debido a que esa zona simiesca suele estar casi siempre desprovista de protección pilosa. El cuerpo se ceñía perfectamente al mío, hasta el punto que el disfraz parecía cortado a mi medida. Sólo hubo que acortar un palmo las extremidades superiores, pues en lo único que se diferencian de verdad el mono y el *homo* es en la longitud de sus brazos.

Subsanada esta dificultad con unos cuantos cosicajos, ensayé algunas monadas para presentarme ante el público. Y cuando tuve bien ensayado mi número, me presenté bajo el nombre artístico de «La mona Ramona».

El *debut* fue un domingo por la tarde, en la plaza de una aldea llamada Pocacosa, que ni siquiera figura en la Guía Michelin. Mientras Nela tocaba la pandereta, yo trepé con cuatro brincos a los hombros de Tutú y me puse a hacer encima de su cabeza unas cabriolas que desencadenaron el regocijo de la concurrencia. La lástima fue que la concurrencia sólo se componía de siete personas, porque en el censo de Pocacosa no figuraban más que ocho veci-

nos y uno de ellos no pudo asistir por hallarse en cama con tétanos. Pero tuve un gran éxito, a pesar de todo, y el público quedó convencido de que yo era una mona de verdad.

Pero mi carrera artística, tan brillantemente iniciada, se trocó mucho antes de que pudiera alcanzar la meta.

Poco después de cosechar estos aplausos iniciales, el destino me puso una zancadilla que frenó para siempre mi velocidad. Y perdí la carrera.